

NATURALEZA E HISTORIA HOY: LA CRISIS ECOLÓGICA

Nature and history today: the ecological crisis

Luciano ESPINOSA RUBIO
Universidad de Salamanca

BIBLID [(0213-356)13,2011,109-129]

Recibido: 30 de noviembre de 2010

Aceptado: 27 de enero de 2011

Para corregir una indiferencia natural, me encontré equidistante de la miseria y del sol. La miseria me impidió creer que todo está bien bajo el sol, y en la historia; el sol me enseñó que la historia no es todo.

ALBERT CAMUS
El revés y el derecho (1937)

RESUMEN

Hoy, las relaciones Naturaleza-Historia son las ecológicas: vivimos en una eco-bio-tecno-noos-fera global y eso significa que la crisis ecológica es también una crisis de civilización. Sobre todo, el cambio climático y sus consecuencias sociales y políticas tendrán un gran impacto en nuestras vidas, y debemos responder sin perder nuestros derechos. En sentido intelectual, necesitamos nuevas narraciones para afrontar la situación y quizá la teoría del *mal menor* es una de las mejores respuestas que podemos encontrar.

Palabras clave: Naturaleza, Historia, relaciones eco-bio-políticas, mal menor.

ABSTRACT

Today, the Nature-History relations are the ecological ones: we are living in a global eco-bio-techno-noos-sphere and that means that ecological crisis is a crisis of civilization too. Above all, the climate change and its social and political consequences will have a great impact in our lives, and we must respond without losing our rights. In the intellectual way, we need new narrations in order to affront the situation and perhaps the theory of the *lesser evil* is one of the better answers that we can find.

Key words: Nature, History, eco-bio-political relations, lesser evil.

1. SENTIDO Y PROPÓSITO

Aunque el tema planteado es muy amplio, la urgencia y gravedad del mismo obligan a retomar algunas de sus cuestiones prioritarias y ofrecer una visión personal de conjunto, al menos sobre ciertos nexos actuales entre naturaleza e historia. Para ello conviene adoptar un enfoque poliscópico, pues la complejidad del asunto no permite menos. Y es que bastantes ámbitos de lo real son intrínsecamente complejos, dicho en términos intensionales, a lo que se añade el fenómeno contemporáneo de la globalización y sus muchas implicaciones, dicho en sentido extensional. Son planos distintos de discusión, claro está, pero acaban por aludir a la naturaleza (físico-química, biológica) y a la historia, respectivamente, las cuales intersectan en diversos aspectos sistémicos comunes: los procesos aludidos forman un bucle o circuito de sentido multidimensional (aspecto ontológico), sometido a causas y efectos no lineales que se retroalimentan (aspecto lógico), a lo que se suman las diversas conexiones de sentido entre sujeto y objeto (aspecto epistemológico), a su vez entre agentes muy dispares que desencadenan dinámicas semi-automáticas en el espacio y el tiempo (aspecto práctico), lo que implica a regiones, grupos y finalmente a todos los habitantes del planeta (aspecto geopolítico, cultural y económico).

Para constatar empíricamente tales rasgos formales, nada mejor que echar un vistazo a los grandes desafíos del presente, donde todo ello se plasma: así, la crisis ecológica global (cambio climático, contaminación imparable, pérdida creciente de biodiversidad y de toda clase de recursos naturales...), la mal llamada crisis económica para referirse en realidad a la injusticia y el abuso institucionalizados (especulación masiva, explotación indiscriminada, desregulaciones culpables), la efervescencia un tanto ciega de la sociedad de la información y de las tecnologías punteras (revolución informático-digital, biotecnológica, neurocientífica...), las controversias bioéticas y biopolíticas ligadas a saberes, religiones e ideologías varias (incluidas las posiciones llamadas

posthumanistas y *posthistóricas* que propugnan transformaciones genéticas y robóticas radicales, ingeniería social...), y todo esto en medio de las tremendas insuficiencias de la política y de la «gobernanza global» (impotencia de las instituciones, economicismo a ultranza, terrorismos, tensiones multipolares, baja calidad de la democracia), etc. En las últimas décadas ha tenido lugar, en fin, un salto cualitativo de civilización, donde tanto las sinergias como los peligros se intensifican, de modo que los problemas de sostenibilidad y gestión en diversos ámbitos (no solo ecológicos) amenazan con llevarnos al colapso¹ si no se encauzan mejor. Por difícil que resulte, hay que abordar el estudio de las imbricaciones entre las vertientes históricas y naturales en una sola eco-bio-tecno-noos-fera², dado que la especie humana se juega ahí nada menos que la supervivencia. Bien podría decirse que nos hallamos en una gran encrucijada, cuya hipercomplejidad es tan fascinante como aterradora.

Por eso es justo hablar de una *policrisis* que comprende desde los desequilibrios geo-bio-climáticos hasta la aceleración desbocada de los cambios históricos, lo que afecta al planeta como un conjunto desajustado de ritmos lentos y rápidos que chocan. Al cabo, los denominados «soportes de la vida» generan una interdependencia profunda entre sus casi 7000 millones de habitantes, sin olvidar a los demás seres vivos y a las generaciones futuras, aunque solo se vean de entrada los intercambios comerciales o tecnológicos. A diferencia de lo ocurrido en el pasado, ésta no es una crisis de los «pocos» como en la Antigüedad ni de los «muchos» como en la Época Moderna, sino la de «todos»³ llevada a la máxima expresión cuantitativa y cualitativa. Tal vez seamos incapaces de incorporar los grandes cambios históricos en marcha –como se hizo por última vez en el siglo XIX y comienzos del XX– dentro de una reorganización general de la existencia, pues no otra cosa parece necesaria hoy. Y es que, parafraseando a Ortega y Gasset, este es *el tema de nuestro tiempo*, a la vista de los grandes problemas de fondo que resquebrajan la civilización industrial⁴: a) uno

1. Recordemos la emblemática obra de DIAMOND, J., *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras no*, Barcelona, Debate, 2006, que es una buena advertencia sobre las doce grandes amenazas medioambientales que se ven hoy como bombas de relojería, además de la enseñanza histórica sobre la caída de civilizaciones anteriores. Para el análisis en otros registros culturales, cfr. SOROMENHO-MARQUES, V., *Metamorfoses. Entre o colapso e o desenvolvimento sustentável*, Mem Martins, Publicacoes Europa-América, 2005.

2. Cfr. ESPINOSA RUBIO, L., «La vida global en la eco-bio-tecno-noos-fera», *Logos* (Madrid), vol. 40 (2007), pp. 55-75.

3. Cfr. FERRATER MORA, J., *Las crisis humanas*, Barcelona, Salvat, 1985.

4. Cfr. RIECHMANN, J., *Biomimesis*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2006, en particular cap. 1 y 7. Puede verse un buen resumen de los problemas básicos del capitalismo en pp. 265-267.

de escala, pues se ha «llenado» el mundo en exceso; b) otro de diseño, pues la tecnosfera no encaja con la biosfera; c) el de eficiencia, dado el despilfarro energético en el que incurrimos; d) el problema fáustico de un cierto descontrol tecnocientífico; y e) la creciente desigualdad e insolidaridad que nos rodea. Dicho en una palabra, todavía no hay conciencia clara de los límites, esto es, de la finitud de la biosfera frente al modelo de *progreso indefinido*, por un lado, y de los graves riesgos en términos de verdadera calidad de vida para la mayoría, por otro. Tampoco hace falta ser muy pesimista para prever un escenario de darwinismo social aún más acentuado, como ya se observa en la feroz competencia (interna y externa a los países) por toda clase de bienes y servicios, justificada ahora sin matices en aras del sacrosanto *crecimiento*.

Desde otro punto de vista, lo que está en la balanza es la aportación histórica de la Modernidad, con todas sus luces y sombras. El hecho es que a estas alturas ya no cabe soñar con un camino de emancipación irreversible, sino más bien reconocer el *estrechamiento* de los márgenes para la acción humana, con evidente repercusión social y política de carácter constrictivo. Hay barreras y conflictos de fondo que resolver en una partida simultánea de ajedrez que se juega en muchos tableros, donde a su vez los asuntos tienen diversas escalas espacio-temporales (ciclos ajenos al hombre, planos históricos y geográficos), lo que demanda una coordinación extraordinaria. Ya deberíamos saber, en contra de la propaganda y de la publicidad habituales, que *no todo es posible...* Por el contrario, hay motivos sobrados para atender las advertencias formuladas, entre otros, por Ulrich Beck:

El principal potencial socio-histórico y político de los peligros ecológicos, nucleares, químicos y genéticos estriba en el colapso de la administración, en el colapso de la racionalidad tecnocientífica y legal y de las garantías de seguridad políticas institucionales que estos peligros conjuran para todos. Ese potencial reside en el desenmascaramiento de la anarquía concretamente existente que se ha desarrollado a partir de la negación de la producción y administración sociales de los megapeligros⁵.

Lo tremendo es que esa anarquía irresponsable o, si se prefiere, la ceguera voluntaria y la huida hacia delante de nuestras sociedades, producen reacciones dispares y sin embargo convergentes, como la indiferencia y el miedo, con el

5. BECK, U., *La sociedad del riesgo global*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pp. 88s. En otros pasajes se insiste en que la crisis ecológica supone una «violación sistemática de los derechos básicos» (p. 61) y en que parece haberse caído en manos de un «fatalismo tecnológico» y de una «democracia truncada» (p. 110), por dar unos ejemplos relevantes.

resultado de que aumenta el desarraigo personal, la pérdida del sentido de la continuidad histórica y la sensación de impotencia ante lo que tendría que hacerse y no se hace. Acaso la utopía consiste hoy en sobrevivir civilizadamente, es decir, no a cualquier precio y sin perder logros fundamentales en materia de derechos básicos para todos.

Desde una perspectiva intelectual, nuestra obligación consiste en elaborar narraciones para combatir la barbarie en ciernes e incorporar en ellas –con la mejor articulación que sea posible– los nuevos elementos, vínculos y demandas que sobrevienen. Solo una contribución de este tipo, por pequeña que sea, para entender mejor lo que ocurre y sacudir un poco las conciencias parece aceptable en esta época. Y eso implica, de entrada, plantar cara tanto al optimismo (sea de la providencia, la «mano invisible», la astucia de la razón o las tecnologías salvadoras...) como al pesimismo (apocalíptico, moralizante, punitivo...), ambos de un corte historicista injustificable e interesado. En ambos casos, el resultado es la desmovilización de los ciudadanos y el consiguiente aprovechamiento que de ello hacen algunos poderes. No nos van a *salvar* los intelectuales, claro está, pero creo que su contribución para ilustrar a las personas no infantilizadas todavía es muy conveniente, si son capaces de anteponerlo a sus carreras político-académicas y otros eventuales intereses.

Por decirlo con algunos ejemplos concretos, hay que rescatar y poner en el centro de la discusión el axioma que el feminismo acuñó: así como lo privado es político, también lo natural lo es⁶. Las cuestiones medioambientales deben ocuparnos como nunca y ser objeto del debate público en todas sus manifestaciones, entre otras cosas para reformar las dinámicas políticas y económicas establecidas, por muchas que sean las presiones en contra (como bien enseña la recesión actual). Baste recordar el viejo catálogo hoy recuperado de las llamadas *retóricas de la intransigencia*: para ellas éste es el mejor de los mundos posibles y el cambio introduciría perversión en él, o sería fútil e intrascendente, o entrañaría riesgos excesivos y contraproducentes⁷. Todo lo cual es puesto al día con la presión de una inseguridad redoblada y de una emergencia económica que no permitiría distracciones. Lo que debe combatirse, en fin, es semejante tipo de falsedades, y en general el fatalismo del signo que sea con las mitologías (progreso-regreso, omnipotencia técnica-impotencia social y moral, etc.) que lo acompañan, así como la fragmentación de los discursos especializados que impiden una visión de conjunto y dificultan la toma de decisiones democráticas.

6. Cfr. MIES, M. y SHIVA, V., *Ecofeminismo. Teoría, crítica y perspectivas*, Barcelona, Icaria, 1997.

7. Cfr. HIRSCHMAN, A., *Retóricas de la intransigencia*, Madrid, FCE, 1999.

2. ALGUNAS MIRADAS HACIA EL PRESENTE

Haremos unas breves consideraciones, primero desde un punto de vista conceptual sobre algunos problemas teóricos y después respecto a ciertos datos prácticos que ilustran los problemas eco-políticos que nos aquejan. La idea sencilla que nos mueve es que habría que resolver o evitar ciertas aporías intelectuales para encarar mejor tales retos empíricos.

1. Dentro de una mínima genealogía del tema, cabe traer a colación –entre otras posibles– tres grandes concepciones de la naturaleza que han primado en el pensamiento occidental y que inciden en el debate: a) una *tradicional* que supone la aceptación de un orden dado (con una fuerte connotación religiosa), lo que implica asumir la dependencia del mismo y por tanto una heteronomía que conlleva el deber de acatarlo e imitarlo (sea en la forma de las diversas morales y derechos naturales, o de la mimesis artística, por ejemplo); b) una segunda que denominamos *instrumental* debido a que el artificio humano modifica sustancialmente el mundo según cierta voluntad de poder afincada sobre todo en la tecnociencia, y que sostiene la autonomía del ser humano respecto a cualquier otra instancia; y c) una reciente aún por desarrollar que sería *integradora* de las anteriores, tomando lo mejor de cada una de ellas para equilibrar los excesos de la pasividad y la soberbia, empeñada además en desmontar los solapamientos cómplices que emparejan el respeto al supuesto orden natural y la depredación sin medida, la llamada simultánea a la contención privada y la ambición pública, etc.⁸ Lo cierto es que estas tres lecturas de la realidad y sus mentalidades respectivas están mezcladas de manera confusa en muchas personas que se desgarran (a veces sin saberlo) entre imperativos divergentes, mucho más en el marco de las sociedades del «primer mundo» que no logran conciliar el bienestar material y el espiritual, a la par que sienten alguna mala conciencia y cierta sensibilidad ajena al mero consumo (de clichés mentales y de objetos) que ahora triunfa.

Desde otro ángulo, hay un paralelismo con las filosofías de la historia que han girado en torno a la noción antigua del ciclo y la repetición, el moderno progreso lineal, y la idea contemporánea de la variación ajena a ambas lecturas, respectivamente, siempre sin acabar de encajar las piezas entre sí; a lo que se añaden diversas antinomias: entre la identidad (del sujeto humano) y la diferencia (de la historia), entre la liberación y la dominación que se muestran correlativas en el tiempo, y entre la condición empírica y la trascendental del

8. He desarrollado el asunto en un trabajo en vías de publicación en la Revista *Arbor*, titulado «Variaciones biopolíticas sobre naturaleza, vida y poder».

hombre, lo que desemboca en el doble círculo paradójico de una naturaleza que funda al sujeto en términos de *azar* evolutivo y *necesidad* neurobiológica, por un lado, y un sujeto que define categorialmente la naturaleza y la historia desde su hipotética racionalidad y libertad, por otro⁹. Ese círculo entre sujeto y objeto (lo que funda y lo fundado, y al revés) se complica aún más con la escisión entre las miradas humanista y científica sobre el mundo, más sus diferentes concepciones de lo que es o no ideología y mediación. Suscribo también, por otra parte, el análisis que entiende buena parte del legado moderno como: a) una alianza entre positivismo científico, capitalismo económico y contractualismo político, todos fundados en la idea de una supuesta *neutralidad* epistémica y ética que serviría a la eficacia, mientras se oculta su papel como coartada legitimadora de corte procedimental; b) vestido el asunto con otro ropaje, hay que denunciar el pacto tácito entre productivismo a ultranza, estatalismo y patriarcalismo, bajo el paraguas de una suerte de religión social de la tecnociencia; y c) lo que no impide reconocer al final que el hombre no es dueño absoluto de sí (de la tecnología, del lenguaje o de la historia) y que cualquier *accidente* o desorden grave puede ocasionar su destrucción termonuclear y/o ecológica¹⁰. En efecto, hay una debilidad insoslayable del modelo moderno y la biosfera irrumpe ahora en el escenario como una de las grandes olvidadas por tales procesos, entre otros correctivos que incluyen la *mundialización* en curso y las reivindicaciones en torno a la igualdad (feministas y de otro tipo), lo que desborda los viejos corsés.

Una vez más no bastan los juicios sumarios, pues los avances y los retrocesos sociales se mezclan, la colisión de fuerzas e intereses contradictorios se multiplica, la imprevisibilidad de los acontecimientos crece y se adquiere una conciencia mayor de que los cambios se aceleran y no tienen marcha atrás. En otras palabras, hay que integrar en el discurso la contingencia que preside sin contemplaciones grandes campos de los fenómenos naturales, históricos y de la vida personal de los individuos¹¹. Digamos que a la complejidad cualitativa de lo real –que es de tipo *caórdico* (de caos y orden, según el lenguaje técnico)–, se añade un aumento cuantitativo de la masa crítica de los factores en juego y una concurrencia casi ingobernable de los mismos, sin que prime la elemental precaución ante los nuevos procesos desencadenados. En definitiva, no hay un proyecto común de humanidad (menos todavía a medio y largo plazo), faltan prioridades definidas más acá de lo genérico y consensuadas en alguna

9. Cfr. CAMPILLO, A., *El gran experimento. Ensayos sobre la sociedad global*, Madrid, Libros de la Catarata, 2001, en especial cap. I y II.

10. *Ibid.*, pp. 168, 70 y ss. y 40, respectivamente.

11. Cfr. ROLDAN, C. y MORO, O., *Aproximaciones a la contingencia. Historia y actualidad de una idea*, Madrid, Libros de la Catarata, 2009.

medida, y carecemos de una agenda básica siquiera en temas esenciales. Mientras, la fragmentación es el reverso de lo global, como es sabido, a lomos del resurgir nacionalista (también en economía –aunque la experiencia de 1929 enseñe que es nefasto–, según muestra la latente guerra comercial y de divisas en esta crisis), y de la mano del sectarismo religioso e ideológico, la xenofobia, el populismo, etc. Parece no estar muy lejos el *sálvese quien pueda*...

2. La verdad es que hay motivos de sobra para preocuparse y no solo por esa confusión intelectual, de valores, medios y fines. Algunos datos y problemas prácticos prueban la necesidad de instaurar otros tipos de gobernanza y de cosmopolitismo, aunque aquí nos quedemos siempre dentro de las relaciones de naturaleza e historia que nos ocupan. Por ejemplo, es obvio el fracaso institucional: fue patente en la Cumbre internacional de Copenhague (2009) sobre cambio climático y solo se han obtenido resultados modestos en la de Cancún (2010), de manera que lo importante queda retrasado a la próxima cumbre de Durban (2011). Tampoco hay que olvidar las deficiencias crónicas de la ONU y de otros foros como el G-8 o el G-20 a la hora de tomar decisiones en diversos asuntos urgentes (regulación financiera internacional, reestructuración de la deuda, leyes de comercio justo, etc.). Diferir sin fecha esas reformas necesarias es un acto de irresponsabilidad sin paliativos, que a su vez contribuye a no modificar y regenerar los hábitos políticos. Y si esto no se hace en una situación de emergencia como la presente, las expectativas de futuro son lamentables dado que los plazos para limitar los daños con una subida de la temperatura del planeta en torno a los dos grados son ya muy escasos.

Por el contrario, hay retrocesos en materia de derechos sociales, confirmando el fenómeno que Naomi Klein denominó la *doctrina del shock*, según la cual las grandes catástrofes naturales, bélicas, económicas, etc., son utilizadas para instaurar o afianzar un capitalismo extremo, sin regulaciones ni autoridad política suficiente en la gestión del bien público, una vez que se aprovecha la fragilidad y el temor de las personas e instituciones así golpeadas¹². Para ilustrar el peso de los factores medioambientales puestos al servicio de tales prácticas, la autora documenta abundantemente lo ocurrido tras el tsunami que asoló el Índico en 2005 o después de las inundaciones en New Orleans, entre otros muchos casos de reorganización neoliberal de la vida colectiva. El egoísmo sin medida y la instrumentalización del sufrimiento salen a relucir con especial intensidad, a pesar de la ayuda solidaria inicial, ante las situaciones excepcionales, como también muestra el reciente terremoto en Haití y la epidemia de

12. Cfr. KLEIN, N., *La doctrina del shock. El capitalismo del desastre*, Barcelona, Paidós, 2006.

cólera posterior. Claro que cuando no hay intereses económicos o sentimentales inmediatos, la indiferencia parece ser la actitud mayoritaria, o al menos la resignada pasividad ante los abusos y el dolor, entre otras cosas porque un mundo tan complejo y multipolar en sus resortes de poder no facilita una acción clara para generar cambios y a menudo ni siquiera se sabe a quién dirigirla... La desorientación y el cansancio serán bien aprovechados, sin embargo, por quienes desean mantener e intensificar el orden vigente.

Junto al fracaso de las instituciones y del modelo económico, vale la pena ofrecer otras dos pinceladas respecto a la criminalidad y a las novedades estratégicas ya en marcha, relacionadas con aspectos medioambientales. De hecho, se calcula que el crimen organizado genera alrededor del 20% del PIB mundial, en cuya actividad destaca el tráfico de narcóticos, de personas y de armas¹³... Pero recientemente se ha sumado con una fuerza que va en aumento la intervención mafiosa en negocios *ecológicos*, como ha puesto de relieve el problema de la basura en Nápoles o el falso reciclado de residuos peligrosos arrojados al mar. Y está por verse el efecto llamada para muchos desaprensivos de un negocio como el de las emisiones de CO₂, que ya ronda los ciento cincuenta mil millones de dólares y mueve otras muchas actividades en relación a la energía. Huelga decir que las consecuencias no se quedan ahí, sino que suponen muchas veces la confusión interesada entre lo legal y lo ilegal, y se proyectan a menudo a toda suerte de corrupciones políticas. Un ejemplo elocuente es la colusión en España entre negocio inmobiliario, medioambiente y ordenación del territorio, sin olvidar el blanqueo de capitales producido por ese medio. El resultado es desastroso por las ramificaciones que tiene: gran parte del litoral cubierto de cemento y sus ecosistemas muy alterados, fomento de la «burbuja inmobiliaria» y endeudamiento generalizado de las familias, desprestigio de las instituciones, laxitud moral ante un ámbito público plagado de irregularidades...

Por otro lado, en cuarto y último lugar, es preciso tratar las novedades geoestratégicas ocasionadas por el cambio climático: así, el progresivo deshielo del Ártico hace que los canales de Panamá y Suez pierdan importancia frente al estrecho de Bering en el transporte marítimo mundial, y que se abra una pugna internacional por los yacimientos minerales y energéticos ahora accesibles; asimismo, el calentamiento global y la pérdida generalizada de zonas nevadas obligará a redefinir algunas fronteras (la muy peligrosa entre India-Pakistán, y

13. Para obtener una panorámica general, cfr. GLENNY, M., *MacMafia. El crimen sin fronteras*, Barcelona, Destino, 2009; DE LA CORTE IBÁÑEZ, L. y GIMÉNEZ SALINAS, A., *Crimen.org*, Barcelona, Ariel, 2010; y FORGIONE, F., *Mafia export*, Barcelona, Anagrama, 2010. Como botón de muestra: uno de los grandes mafiosos detenidos en Italia en septiembre de 2010 fue Vito Nicastrì, dueño de cuarenta y tres empresas de energías renovables.

otras como la de Italia-Suiza...). Todo ello, aparte de los contenciosos tradicionales, acentuará la carrera armamentística en más regiones del planeta y producirá nuevas alianzas militares, con su correspondiente equilibrio inestable de fuerzas, etc. A eso se suman las sequías crecientes y el cambio geomórfico acelerado (que afecta a las cuencas fluviales, la erosión de los terrenos y la capacidad de conservar el agua)¹⁴, lo cual nos arrastrará hacia una lucha francamente dramática por el agua dulce en las próximas décadas. El escaso «oro azul» (apenas un 2,5% del total de agua planetaria y solo un 0,4 en estado líquido) acaso tenga más peso que el «oro negro» en el futuro y ya es fuente de grandes movimientos que van desde la pugna por territorios hasta las grandes inversiones especulativas, no menores que las que tienen que ver con los precios de los alimentos a escala mundial¹⁵. Que las guerras siempre han tenido que ver con asuntos similares (recursos de todo tipo) es obvio, pero que las alteraciones bio-geo-físicas y climáticas contemporáneas aumentan el riesgo y exasperan los conflictos es algo no menos claro, como bien saben en Darfur. El caso es que los fallecimientos por causas ambientales alcanzan ya el 24% de las muertes totales en el mundo, según la ONU, y superan con mucho a los originados por motivos bélicos (se habla de 300.000 víctimas directas a consecuencia del cambio climático). A nadie se le oculta tampoco que todos estos elementos producirán migraciones masivas, con el efecto desestabilizador subsiguiente, y que la gestión política de los mismos tendrá cada vez más importancia en todos los órdenes¹⁶.

Este breve cuadro de temas habla por sí mismo y ayuda a entender el curso próximo de la historia mundial en algunos aspectos fundamentales, sin que nadie pueda darse por no preocupado: todos los habitantes del planeta vamos a padecer en una u otra medida los efectos de dichas realidades, no solo los que tengan hambre y sed. Ni que decir tiene que la calidad de las instituciones se va a poner a prueba y que el mayor o menor control social que apliquen estará

14. Cfr. SCIENCE OF THE TOTAL ENVIRONMENT, junio 2010. Los depósitos de sedimentos se han multiplicado por diez en el último siglo, lo que favorece el deslizamiento de tierras y las inundaciones.

15. En los últimos dos años el precio medio de los principales alimentos (cereales y arroz) ha subido más de un 70%, entre otras cosas por la escasez que se prevé a causa del cambio climático, la expansión de los biocombustibles, etc. Recuérdese también la compra de grandes extensiones de tierras de cultivo en África por parte de varios países emergentes (China, Indonesia...) y de reservas de agua dulce en América del Sur.

16. Una subida de la temperatura media de 2-3 grados hará que unos dos mil millones más de personas sufran escasez, como será el caso de la zona del Sahel, que perderá un 75% de tierra arable, cfr. EL PAÍS, suplemento *Tierra*, n.º 13, 19-4-2008.

muy relacionado con ello, por no hablar de los problemas de salud pública (epidemias, efectos de las olas de calor y frío intensos, etc.). La cuestión es si los ciudadanos estamos dispuestos a intervenir de alguna manera efectiva o si abdicamos de nuestros intereses y obligaciones en otros, se llamen políticos, expertos, líderes de opinión o empresarios. Claro que es cínico reaccionar solo ante el cambio climático porque esta vez afecta también a los países ricos, cuando ya abundan ahora el hambre y la sed como punta de lanza de la miseria que padecen muchos millones de personas. Por decirlo con una fórmula menos caricaturesca de lo que parece y que resume bastantes de nuestros errores: ¿van a seguir siendo las grandes multinacionales y los famosos «mercados» los grandes agentes de la historia?¹⁷ ¿Seguiremos olvidando a los que ya están en crisis de subsistencia permanente? ¿Vamos a dejar que los pobres tengan que enfrentarse con los muy pobres por las migajas y que los ajustes sucesivos los paguen siempre los mismos?

3. LA NECESIDAD DE UNA ECO-BIO-POLÍTICA

No hacen falta muchas palabras para indicar que la economía y la técnica se han *apropiado* de bastantes facetas más de la naturaleza a lo largo de los dos últimos siglos, hasta el punto de que el artificio humano no solo coloniza sino que ya suplanta parcialmente a la *vieja* realidad espacio-temporal y produce las denominadas realidades virtuales, sean financieras, recreativas, informacionales, médicas, etc.¹⁸. Y no pueden negarse los beneficios obtenidos con esas tecnologías, pero tampoco los riesgos. Lo interesante, más al fondo del asunto, es que la matriz capitalista que está en la base de tal proceso se ha erigido más y más en una especie de nueva *naturaleza*, con todas las prerrogativas de lo inmutable e imprescindible que eso implica en el imaginario colectivo. Y esto ocurre, paradójicamente, a la vez que su descrédito aumenta: hasta no hace mucho se pensaba que la racionalidad funcional del sistema crecía, aunque fuera al servicio de un progreso un tanto irracional y sin rumbo, pero las crisis sistémicas

17. Puede documentarse muy bien el asunto en ZIEGLER, J., *El imperio de la vergüenza*, Madrid, Taurus, 2006, con sus críticas a los «cosmócratas» o grandes hombres de negocios (los nuevos señores feudales) y a la «escasez organizada» que hace más rentable los negocios. Por cierto, quizá no sea casualidad la coincidencia de que M. IGNATIEFF hablara del «feudalismo» moderno en los estados fallidos, a menudo ligados a intereses económicos bastardos, en su obra *El honor del guerrero*, Madrid, Taurus, 1999.

18. Me he ocupado del tema en «El nihilismo virtual en las sociedades hipertecnológicas», *Ágora. Papeles de filosofía* (Santiago de Compostela), vol. 26, n.º 2 (2007), pp. 79-101.

mencionadas más arriba y las disfunciones recientes muestran que ni siquiera eso era cierto. Claro que la previa ontologización del capitalismo viene al rescate simbólico («no hay alternativa», se dice) y sirve para vestir al rey desnudo; por eso se ha dicho que es más fácil imaginar que el mundo se hunda a que el modelo cambie sustancialmente... Veamos, no obstante, algunos elementos que demandan otra pauta de pensamiento.

Lo que podríamos resumir como la complejidad medioambiental ha llevado a proponer una *razón ecológica* en muchos ámbitos teórico-prácticos que sea sustituta de la *razón mecanicista*, sencillamente porque parece una exigencia objetiva para gestionar mejor los procesos en marcha, lo que a su vez implicaría una transformación estructural del estilo de vida en sus fines, usos y costumbres. En este sentido, la ecología política ha puesto de relieve en los últimos años las inconsistencias del sistema vigente a partir del hecho cierto de la sobreexplotación anual de los recursos del planeta en más del 30% de sus capacidades de regeneración, o de la evidencia de que hoy la justicia social y la climática van de la mano¹⁹. Son muchas las implicaciones que no pueden ser tratadas aquí, desde la insostenibilidad generalizada a medio plazo hasta el choque multilateral de valores e intereses fragmentados, pasando por las luchas de poder que giran en torno a las cuestiones medioambientales. Sea como fuere, debemos reiterar como algo incontestable la enseñanza histórica de que las crisis ecológicas han sido decisivas en el curso de las civilizaciones²⁰. Por otro lado, el lento devenir evolutivo por ensayo y error propio de la naturaleza parece incompatible con la velocidad de las alteraciones introducidas por el hombre, cuyas consecuencias a menudo se ignoran, como ha sido tantas veces dicho (con poco éxito). Sin embargo, sí resulta beneficiosa la aparición de nuevos sujetos políticos al hilo de tales reivindicaciones, de modo que las sinergias posibles entre ellos (ecologismo, pacifismo, feminismo, las ONG, etc.) pueden convertirlos en actores globales capaces de contrapesar –siquiera un poco– a los poderes fácticos y a los saberes expertos. Es cierto que los movimientos *altermundistas* no tienen propuestas unitarias y contrastadas (no se han aplicado lo

19. Cfr. *Ecología política*, n.º 39 (2009), titulado *Justicia climática y justicia social: un mismo combate contra el capitalismo global*. También *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, n.º 105 (2008) dedicado a la crisis actual. No menos ilustrativos son los sucesivos informes del prestigioso Instituto Wüpperthal o los estudios de importantes economistas como J. C. NAREDO, J. MARTÍNEZ ALIER y O. CARPINTERO en España.

20. Además del citado J. DIAMOND, las obras sobre antropología ecológica ya clásicas de Marvin HARRIS son muy significativas. Igualmente, para la gran importancia de las circunstancias climáticas en la historia, cfr. LE ROY LADURIE, E., *Histoire humaine et comparée du climat* (2004) y *Abrégé d'Histoire du climat* (2007). Sería demagógico afirmar que la tecnología va a eliminar esa dependencia.

suficiente a escala general), pero agitan el debate y facilitan otras opciones a la sociedad civil.

Si bien el modelo socio-económico capitalista falla en puntos esenciales, a pesar de sus aportaciones al bienestar de una parte de la población, no es menos cierto que el ecologismo como movimiento transformador también ha sido derrotado, según el descarnado diagnóstico de Jorge Riechmann:

El movimiento ecologista está fracasando. No porque hayan faltado acciones imaginativas, buenas razones o análisis de calidad: sino porque tienen frente a sí intereses demasiado poderosos, inercias demasiado consolidadas, ideologemas demasiado sedimentados. Este fracaso es una inconmensurable tragedia²¹.

Lo menos que puede decirse es que los hechos que vamos recogiendo parecen darle la razón. Pero el autor citado no se rinde y apuesta –desde un «pesimismo activo», nunca resignado– por la obligación de combatir el nihilista fin absoluto de la ganancia a toda costa, aun dentro del contexto manipulado de una «sociedad adolescente» que desdeña cualquier límite²². Hay un empeño moral, más allá incluso de la esperanza, que no puede claudicar por respeto a uno mismo y a los demás. Desde luego que también nos mueve el deseo de paliar los efectos del desbarajuste, pues no se trata de quejarse y adoptar poses trágicas, sino todo lo contrario: además de una crítica necesaria y más que pertinente, lo que prima es una reivindicación en positivo de otro tipo de vida alejada del miedo, la que busca la excelencia en la alegría, el respeto y la sobriedad.

En segundo lugar, es preciso referirse a las nuevas tecnologías NBIC (nano-bio-informáticas-cognitivas), cuya integración impulsa profundos cambios en muy variados registros de la existencia. Así, se diluyen las viejas fronteras ontológicas por efecto de la ingeniería genética y de la programación de nuevos seres, lo que incluye al llamado transhumanismo médico y filosófico²³, con el riesgo verosímil de que algún día haya humanos de primera y segunda clase en función de las intervenciones transformadoras que hayan podido costearse, aparte de la profusión ya efectiva de elementos transgénicos, etc. Además, hay otros aspectos de gran impacto, como por ejemplo el uso masivo de agroquímicos

21. RIECHMANN, J., *La habitación de Pascal. Ensayos para fundamentar éticas de suficiencia y políticas de autocontención*, Madrid, Libros de la Catarata, 2009, p. 280. Para los fallos del capitalismo, cfr. pp. 26s

22. *Ibid.*, pp. 304s. Digamos que la frivolidad impide tener conciencia histórica, es decir, memoria y proyecto.

23. He abordado el tema en «El desafío del posthumanismo. En relación a las nuevas tecnologías», en: AULLÓN, P. (coord.), *Teoría del humanismo*, vol. 3, pp. 583-616, Madrid, 2010.

que perturban las condiciones fitosanitarias, la *biopiratería* ejercida sobre países del Tercer Mundo en aras del fabuloso negocio de las patentes, o la presencia de materiales híbridos (mezcla superlativa de lo natural y lo artificial) con muy probables consecuencias contaminantes y para los que el sistema inmunológico humano no tiene defensa. En cuanto a los cambios ético-políticos, las posibilidades de control y manejo de las personas (a nivel interno y externo) han aumentado exponencialmente en las últimas décadas, de manera que se hace aún más urgente gobernar las relaciones siempre difíciles entre el saber, el poder y el deber. Aunque el problema sea perenne e irresoluble de modo completo, el caso es que en su seno emergen nuevas situaciones de dominación que hay que afrontar. No en vano, F. Fukuyama renunció de su famosa tesis del «fin de la historia» al observar esta avalancha de nuevas tecnologías y de problemas ecológicos que pueden modificar cualitativamente la realidad²⁴. En efecto, la supuesta permanencia posthistórica de la democracia y del mercado presenta ahora serias dudas, entre otras causas por el hecho de que sus recientes servidores tecnológicos son a la vez sus enemigos potenciales (además de las propias debilidades internas de aquellos, podríamos añadir).

En conjunto, cabe decir que la vida ya no se entiende como categoría biológica, ni social o antropológica, sino que está pasando a convertirse en mera categoría técnica, lo que lleva al extremo el análisis pionero de Foucault: la determinación discrecional de la *biohistoria* es algo cada vez más tentador e impredecible. Así puede entenderse la sutil pretensión de zanjar los clásicos conflictos entre los valores de la vida y los de la libertad mediante la configuración a voluntad de los seres, olvidando que no hay respuesta técnica a los problemas morales y que aparecen otros precisamente generados por esas novísimas posibilidades. Es más, acaso debería decirse que hay tensiones de esa índole que son saludables para la vida moral, allende los recursos instrumentales de los que se disponga. De forma paralela hay que denunciar la tendencia general a la *privatización* que rige nuestro mundo, lo que atañe a más y más sectores de la esfera natural y de la vida humana, esto es, la compraventa masiva de bienes y servicios antes públicos que coarta la autodeterminación democrática en campos tan ligados al medioambiente como la denominada seguridad alimentaria y la salud. El retroceso de lo que es de todos, al margen de los debates específicos sobre su mejor o peor gestión, disminuye el control político colectivo sobre aspectos básicos del entorno (agua, semillas, organismos, bosques...) que condicionan fuertemente la existencia cotidiana. Y es que el totalitarismo actual no es solo de tipo estatista, sino que presenta variantes difusas

24. Cfr. FUKUYAMA, F., *Our posthuman future. Consequences of the biotechnology revolution*, New York, Picador, 2002, Introd.

no menos dañinas, a pesar del pregonado discurso sobre la libertad de tantos pseudoliberales.

Debe quedar claro, que en absoluto se trata de hacer una enmienda a la totalidad de la civilización contemporánea y mucho menos de lanzar una diatriba contra la ciencia y la tecnología que tantas mejoras producen en la calidad de vida, sino que el propósito de estas consideraciones es advertir sobre ciertos peligros y amenazas que deben tener mayor importancia –no solo retórica– en la reflexión y en el debate público. Lo que podemos incluir bajo el nombre de crítica bioética y biopolítica no es una mera herramienta destinada por unos a restaurar las «leyes naturales» en torno al carácter sagrado de la vida y por otros a realizar la «revolución» siempre pendiente de la libertad. A este análisis no le corresponde ser mensajero del apocalipsis ni de la utopía, como tampoco un adorno conceptual de intelectuales de vanguardia o un apéndice de los comités consultivos que no decide casi nada..., siempre en los países del Primer Mundo. De momento, ya debería ejercer una denuncia inequívoca de las condiciones insalubres y calamitosas de vida del llamado Tercer Mundo, a los que, entre otras muchas cosas, se les está robando también su patrimonio natural.

4. LA BÚSQUEDA DEL MAL MENOR

Llegados al último tramo de la exposición, conviene hacer un alto en el camino y fijar algunas posiciones que recapitulen lo visto y permitan seguir avanzando. Aquí se defiende un humanismo *ampliado* en varios sentidos: el que es consciente de que el ser humano es una emergencia en la evolución de la vida, que a su vez surgió dentro de la historia de la Tierra y que ésta se formó en el desenvolvimiento explosivo del universo, lo que le proporciona una prueba notable de su contingencia y, por ende, una dosis de humildad; además, en segundo lugar, el humano debe entender que lo irreversible de los procesos cosmo-biológicos se aplica a su propio quehacer como ser histórico, algo que hoy aconsejaría ejercer el «sapere aude» con prudencia y el «agere aude» con autocontención, pues el manejo indiscriminado del átomo, de los genes y de los bits desencadena efectos que se le escapan de las manos; por último, este humanismo sabe que el potencial tecnológico no le hace dueño de la naturaleza (de la que depende) ni del resto de los seres, como le están enseñando ya los procesos geo-bio-físicos que le rebasan y se vuelven en su contra, los desequilibrios ecosistémicos que le acechan y, en otro plano, la ética del respeto a la vida no humana que le reprende (sin caer por ello en la denominada «ecolatría»). Dicho esto, la posición que defendemos todavía significa concebir al hombre como lo más valioso y sostener su autonomía responsable hasta donde sea

posible, sin aceptar instancia alguna que decida al margen de su libre y esforzada creación de posibilidades culturales, éticas y políticas.

1. Todo ello debería traducirse en una serie de actitudes teóricas y prácticas que estén más allá del abstracto universalismo ético y de la mera reciprocidad del contractualismo político, lo que significa abrirse a la diversidad circunstanciada de cualquier juicio sobre la acción humana (siempre en situación) y al «cosmopolitismo ecológico» que incluye en primer plano la relación tutelar del *cuidado* (respecto a otros pueblos, a otras generaciones, a los seres no humanos, etc.; y entre ciudadanos y marginados, ricos y pobres, sanos y enfermos...)»²⁵. Solo esta ampliación de los márgenes del debate permitirá afrontar las situaciones inéditas con eficacia y dignidad. Por lo que se refiere a las relaciones de naturaleza e historia, eso supone aprender a pensar y actuar pegados a la tierra (en sentido literal y metafórico), es decir, pendientes de todo lo que nos circunda y de los procesos interactivos entre los muchos elementos en juego. No caben modelos y principios inalterables, especialmente cuando los hechos nos arrastran en una dirección desconocida, inundados de datos y con pocas ecuaciones para procesarlos, casi sin tiempo para reaccionar. También en esto reside la complejidad del presente, que a su vez exige mostrar la disposición flexible que reclamamos desde el inicio, por la cuenta que nos trae... Aparte de los motivos éticos, hay poderosas razones pragmáticas que van en la misma dirección: es preciso integrar positivamente a *lo otro* (se conciba como persona, animal o ecosistema) en una acción global que reconozca la interdependencia como axioma ontológico y defienda ciertos equilibrios básicos de la vida física, biológica y social. Dicho con otras palabras, la historia tiene que hacerse cargo hoy de la naturaleza en términos de colaboración y superar así una aparente escisión que nunca fue tal.

Ahora bien, semejante proyecto a favor de algún tipo de homeostasis dinámica se dirime en el ámbito político y es obligado situarse dentro del *realismo trágico* que reconoce, en primer lugar, la incertidumbre característica de la esfera socio-política y por tanto se aleja de dos posiciones modernas preponderantes: la *implacable* (que gira en torno a la salvaguarda por encima de todo de la identidad y del bien común) y la *impecable* (centrada en el establecimiento del derecho y la justicia intemporal a costa de lo que sea). Y esto conviene hacerlo por razones antropológicas e históricas de mucho calado:

Porque, en efecto, nuestra condición humana es limitada y finita. Nuestra mundanidad, como la llamaba Arendt, el universo absurdo del que hablaba Camus

25. Cfr. CAMPILLO, A., *op. cit.*, pp. 167s. y 175.

o el hecho de que vivamos en miríadas de sucesos perdidos como afirmaba Foucault, debería protegernos de la tentación de lo impecable y de lo implacable, de la tentación de la seguridad y del dogmatismo. Debería, quizá, acercarnos al reconocimiento de nuestra fragilidad y nuestra contingencia mediante el cuidadoso esfuerzo por erigir instituciones sociales y políticas que conduzcan al tiempo a la justicia y al bien común, a la libertad y la seguridad, pero no al exceso y la desmesura o al sueño de un mundo sin riesgo y sin costes. De hecho, libertad y seguridad no son lo contrario del riesgo o el esfuerzo, sino que están íntimamente emparentadas con ellos. No existen sin ellos²⁶.

Creo que la circunstancia actual demanda tener estas directrices muy a la vista, justo cuando más nos amenazan la prisa y el miedo, la ceguera y el desorden, es decir, cuando son probables las reacciones defensivas y unilaterales.

Quizá por eso el mismo autor recuerda que para los griegos la educación política partía del reconocimiento de la estrecha relación entre tragedia, juicio y acción, y esto no tanto por la incompetencia humana para resolver situaciones o dilemas morales como por la inestabilidad constitutiva de la vida y de la historia, a lo que se suman la incertidumbre y la dificultad de prever las consecuencias de las acciones. De ahí que los conflictos y las pérdidas sean inevitables, que el bien y el mal estén a menudo mezclados, y que la política nunca pueda echarse en brazos de las coartadas tranquilizadoras de lo necesario o de lo indispensable²⁷. Al contrario, la razón política trágica que se postula tiene que ceñirse a las situaciones concretas y evaluarlas atentamente, desde la única seguridad de que no cuenta con certezas perennes y de que las cosas nunca van a salir como se quiere. Aunque parezcan elementales, con cuánta frecuencia se han olvidado tales supuestos o no se han extraído sus enseñanzas hasta el fondo, lo que no significa caer, claro está, en el extremo opuesto del realismo cínico y sin escrúpulos, donde solo impera la fuerza. De lo que se trata es de elegir el *mal menor* a estas alturas del devenir humano.

2. La obligación teórica consiste en elaborar propuestas argumentadas y viables, las que asumen los riesgos de confrontarse con los hechos y del carácter problemático de cualquier discurso ligado a la praxis. En este marco no son de recibo las consideraciones etéreas o solo bienintencionadas, sino aquellas que se comprometen con unas circunstancias mudables y movedizas, duras e

26. DEL ÁGUILA, R., *La senda del mal. Política y razón de estado*, Madrid, Taurus, 2000, p. 364.

27. *Ibid.*, pp. 386 y ss. La ética de la responsabilidad de cuño weberiano –se añade ahí– replantea incesantemente la relación de los medios y los fines, además de romper de una vez el supuesto isomorfismo de lo verdadero, lo bueno y lo bello.

ingratas. Hacen falta ideas concretas que se reconozcan provisionales e incómodas, como el propio fluir de los acontecimientos, una vez aceptado que no podemos recurrir al consuelo de la teleología, a la resignación determinista o al milagro, por lo mismo que tampoco sirve de nada esconderse tras los burladeros de la moral edificante o de una hipotética asepsia valorativa. Dicho en lenguaje coloquial, hay que mancharse las manos... Pero no de cualquier manera ni en forma precipitada, sino haciendo acopio de fuerzas en las principales corrientes de la filosofía contemporánea, como son el positivismo científico, la hermenéutica y el discurso dialéctico, en la medida en que todas ellas se complementan y pueden contribuir a transformar la lógica de la identidad en lógica de la posibilidad²⁸. Claro que ahora hay que añadir el pensamiento ecológico, con sus propios matices de racionalidad y de valoración, además de descartar todo contenido dogmático en esas escuelas de pensamiento.

Hace falta definirse con exactitud y nada mejor para ello que tomar un ejemplo jurídico y social de gran interés, cuya aplicación analógica a nuestro tema es muy reveladora, y que bien podría sintetizar algunas de las mejores virtudes de las tradiciones citadas: las de la ciencia para la verificación, las que interpretan con riqueza de matices las contradicciones sociales, y el empuje histórico emancipador que se vale de ellas para no quedarse varado en el imperio de lo fáctico. Me refiero a la propuesta de Michael Ignatieff orientada a la elección del *mal menor* en una época de amenazas terroristas²⁹, es decir, a la reflexión sobre cómo deben actuar y legislar las sociedades democráticas para afrontar graves peligros y situaciones extremas, sabiendo que los márgenes para ello son estrechos y a veces confusos. Aparte de que sus ideas sean discutibles y nos gusten más o menos, lo que importa es el coraje de abordar el tema y hacerlo con un enfoque que parece válido para la crisis ecológica. Es más, habría que conceder a ésta la prioridad como el peligro mayor, a pesar de notarse menos: es cierto que carece de los efectos inmediatos del terrorismo, pero su alcance global es más profundo, además de que ha sido silenciada y distorsionada durante décadas, mientras que el terror se ha utilizado con fines políticos tan deleznable como la manipulación del miedo y el control de la ciudadanía. En definitiva, aquí se trata de recuperar una noción clásica en la tradición política realista, de la cual podríamos elegir la posición de Spinoza como referencia

28. Cfr. GÓMEZ HERAS, J. M.^a G., *Historia y razón*, Madrid, Alambra, 1985, pp. 76-80 y 214-216.

29. Cfr. IGNATIEFF, M., *El mal menor. Ética política en una era de terror*, Madrid, Taurus, 2005. El autor coordinó también en la misma línea la obra *American Exceptionalism and Human Rights* (2005).

útil³⁰: cuando no es posible lograr un bien, hay que optar por el mal menor con todas las consecuencias, en un marco socio-político en el que libertad y seguridad deben ir de la mano y equilibrarse.

Los términos son semejantes a los de Ignatieff, pues se trata de combinar ambos requisitos en la medida de lo posible. Así, salvaguardar los derechos de los individuos exige sacrificios, esfuerzos y pugnas entre autonomía personal y obediencia a la autoridad, pero sobre todo regulación y normativas claras ante las tensiones que se avecinan. No hay panaceas, solo nos resta adaptarnos con *cintura* a cada situación y sopesar las circunstancias sin ingenuidad; precisamente porque «la moral del mal menor está diseñada por escépticos [...] se trata de una ética de la prudencia más que una ética de principios fundamentales, una ética que evalúa lo que hay que hacer en una emergencia manteniendo una predisposición conservadora contra las violaciones de las normas establecidas del debido proceso, la protección igualitaria y la dignidad básica»³¹. De nuevo la actitud responsable y valiente trata de aminorar los efectos nocivos de la contingencia y vulnerabilidad de los asuntos humanos (en particular ante los «megapeligros» que enunció Beck) en estos momentos de gran crisis. Y por todo lo expuesto más arriba, sabemos que los retrocesos jurídicos, sociales y laborales ya están aquí, con la probabilidad de que aumenten en sentido cuantitativo y cualitativo.

La «guerra contra el terror» sirvió nada menos que para legalizar la tortura y suprimir el *habeas corpus* respecto a los sospechosos de terrorismo, mecanismo que ahora se extiende como «guerra contra la inestabilidad» (económica, etc.), con la consiguiente pérdida de derechos generales. Su aplicación bien podría intensificarse con los enfrentamientos futuros por el agua y las materias primas cada vez más escasas, a lo que se suma el hecho de que las migraciones masivas y el crimen organizado a gran escala son un semillero de conflictos, todo en medio de la reorganización multipolar del poder internacional y de los profundos cambios ecológicos que generan una tensión añadida. Pero no cabe el argumento capcioso de que las situaciones de excepción obligan *siempre* a tomar medidas extraordinarias y *sin limitación* previa, no es esa la perspectiva que defendemos para hablar del mal menor, sino todo lo contrario: hay que

30. Cfr. mis ensayos «Spinoza y Erich Fromm: contra el miedo», *Thémata* (Sevilla), 38 (2007), pp. 47-60; y «La política como física del poder en Spinoza», en: BLANCO, X. (ed.), en vías de publicación.

31. *El mal menor*, p. 25. Ignatieff no sostiene una ambigüedad calculada que abra la puerta a un exceso de realismo, de hecho advierte que la nobleza de los fines no puede justificar medios perversos y que el peligro mayor es que la democracia se desvirtúe a sí misma, cfr. pp. 159 y 91, respectivamente.

definir límites con sentido de la proporcionalidad y prepararse para frenar una posible deriva autoritaria.

Igualmente hay que extremar las cautelas al adaptar a los problemas medioambientales las condiciones que el autor canadiense pone para referirse al tema. Descartadas las opciones angelicales y sin costes,

o utilizamos el mal para luchar contra el mal o sucumbimos. Por tanto, si recurrimos al mal menor, deberíamos hacerlo, en primer lugar, con la plena conciencia de que hay un mal involucrado. En segundo lugar, deberíamos actuar bajo un estado de necesidad demostrable. En tercer lugar, deberíamos elegir los medios del mal sólo como último recurso, después de haber intentado todo lo demás. Por último, debemos cumplir con una cuarta obligación: tenemos que justificar nuestras acciones públicamente ante nuestros conciudadanos y someternos tanto a su juicio como a su corrección³².

Creo que en la crisis ecológica se cumplen los cuatro requisitos cuando observamos: a) que no hay soluciones claras a la vista, mientras que la contradicción entre agentes, valores e intereses crece sin cesar en un mundo cuya injusticia aumenta por los problemas medioambientales; b) la gravedad del deterioro, en especial el debido al cambio climático (que no ha hecho sino empezar), lleva aparejado un terrible aumento de la pobreza según todos los informes internacionales, junto a previsibles choques bélicos; c) se impone la necesidad de tomar una serie de medidas duras, algunas moralmente claras y de difícil cumplimiento (cambio de modelo socio-económico, reducción de la producción y del consumo, comercio justo, remisión de la deuda internacional...) y otras relativamente más fáciles de cumplir pero de más ardua legitimación (control de las migraciones, persecución e interrogatorio de supuestos terroristas y delincuentes –que también pueden ser ecológicos–, vigilancia de residentes ilegales masivos en situaciones de penuria, freno a las investigaciones biotecnológicas más arriesgadas, etc.); d) es necesaria más claridad en la gestión de tales desafíos porque, en efecto, los peligros son globales y las decisiones a tomar resultarán muy delicadas (aunque sean revisables), y es sabido que la peor amenaza es la traición de las sociedades democráticas a sus principios fundamentales.

El mal es inevitable al afrontar esos problemas casi por definición: se trata de un escenario convulso e intrincado en el que todos pierden y ganan en alguna medida, de fuertes cambios donde harán falta sacrificio, disciplina y autoridad, lleno de resistencias de toda índole y con violencia casi segura... Lo único

32. *Ibid.*, p. 37. La revisión permanente de lo actuado es una condición esencial de la cultura democrática, cfr. p. 219.

que sabemos es que hay que acotar el mal cuanto sea posible y para ello es preciso combatir el populismo xenófobo que está imponiéndose. Aunque parezca pesimista esta lectura, hay una última cuestión de fondo que es fruto de todos los factores mencionados y resume bien el conjunto: es probable que antes o después haya que adoptar medidas extraordinarias ante uno o varios de esos problemas, incluidas las que legalmente se consideran como tales (estados de alarma, de excepción y de sitio). No estaría de más afinar la legislación, tomar buena nota de las cosas que se pueden hacer para aminorar los excesos que esas situaciones suelen acarrear y prevenir algo los conflictos añadidos que desencadenan. Si esto se considera exagerado, no tengo inconveniente en asumir ese calificativo porque me parece mejor que el cinismo o la ceguera que nos circunda. Hace falta esperar lo peor para moverse racionalmente en dirección al mal menor, pues se trata de evitar el desconcierto e incluso el caos de los primeros momentos, así como las reacciones impulsivas que suelen ser bastante más ingobernables. Para que esta *historia* no acabe como el cuento del lobo que finalmente llega, conviene extremar la cautela y tener –nunca mejor dicho– un buen plan de contingencia.